

LAS MUJERES LIBERADAS

CARMEN MARTIN GAITE

COMO reacción al papel pasivo e inmanente que la Historia ha venido asignando a las mujeres en la representación matrimonial, se asiste en nuestros días a una rebelión indiscriminada que, como todas las falsas revoluciones, se caracteriza por atender más a la retórica de los «slogans» revolucionarios y a estar al corriente su jerga que a operar en terreno adecuado e intrínseco a la cuestión. Es decir, se trata de una revolución que se lleva a cabo desde fuera, no desde dentro. Y al decir «dentro», no me estoy refiriendo a que haya que estar metido en el espeso caldo de la convivencia conyugal para hablar del daño que puede hacer. Por supuesto que estar físicamente fuera de una situación perturbadora, caso de que se quiera entender y penetrar, es más conveniente que estar dentro de ella. A lo que me refiero, precisamente, es a que no me da la impresión de que se quiera penetrar nada de aquello que se está diciendo derribar, derribo que no pasa de ser el de una efigie. Creo, en verdad, que se desestiman demasiado y se temen sorprendentemente poco una serie de vicios que están en la raíz no solamente de las relaciones matrimoniales, sino de cualquier posible relación de convivencia que no sea muy exigente y cuidadosa. Y en estos vicios corren el riesgo de estar incurriendo, una y mil veces, quienes no cuentan con ellos ni los analizan, quienes tienden a creer, con entusiasmo bobalicon, que las cosas cambian cuando se les cambia, con mucho alboroto y zaragarda, el nombre por el que se las había venido tradicionalmente conociendo, y que el flamante letrado con que se las rebautiza es portador de prerrogativas milagrosas y terapéuticas, conferidas a la mera imposición.

No son los remedios tan simples, ni mucho menos. Como decía un amigo mío: «Lo más sospechoso de las soluciones es que se las encuentra siempre que hacen falta». Y no es preciso reflexionar demasiado para reparar en que esas mujeres liberadas del matrimonio, es decir, que tras haberse incorporado —en general de modo bastante furtivo— a la vida conyugal han dado por su-

perada tal experiencia y renegado de ella, no siempre han aplicado a fondo su inteligencia y su buena fe para habitar y transformar una situación a la que en muchos casos quisieron acceder simplemente porque la sentían prestigiosa y no se resignaban ni se atrevían a bandeárselas en la vida a cuerpo limpio, sin andadores ni espaldarazos de nadie. Y resulta sintomático comprobar que el rechazo de estas renegadas suele ser más ostentoso y agresivo cuanto más breve ha sido el período de la experiencia y menos se han comprometido a nada dentro de él y más lo han tomado como un estadio o plataforma para acceder a soñadas y utópicas libertades. De hecho, siempre, incluso en épocas en que la autoridad del marido pudiera parecer insoslayable, una casada ha sido más tenida en consideración que una soltera, se ha sentido más persona, más segura y de ahí, entre otras razones, el afán de las mujeres por casarse. Toda la literatura española nos muestra cómo la autoridad del marido era más fácil de burlar que la del padre y que las casadas, por el mero hecho de serlo, habían ascendido a un rango desde el cual podían otear mejor sus posibilidades de libertad, por limitadas y monótonas que éstas fueran, ya que, por desgracia (como en gran medida sigue aún pasando hoy), se reducían a la evasión por el sexo. Ruiz de Alarcón nos dice en «La verdad sospechosa»:

*Otras hay cuyos maridos
a comisiones se van,
y que en las Indias están
o en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
en esto, que mil taimadas
hay que se fingen casadas
para vivir con libertad.*

Fingirse casada para vivir con libertad era, en el fondo, lo mismo que es ahora presumir de una libertad que ha otorgado el hecho de casarse primero y renegar de ello después. Renegar con una agresividad, por cierto, tan

excesiva que hace pensar si en algunos casos no será la ostentación de ese reniego el fundamental designio de la revolución que nos ocupa. Designio bastante inerte si se piensa que esa exhibición viene siendo como un pasaporte no para la libertad, sino para el ingreso en un nuevo gremio que ya se está formando. Porque ocurre que las pancartas y clamores han empezado a institucionalizarse, y al responder a estímulos miméticos y perder el impacto de la excepcionalidad amenazan estas protestas con perder su contenido y constituir una nueva rutina, apenas diferente de la de reñir a los niños o a las criadas, con quedarse, en fin, en meros gritos exasperados que se diluyan sin eficacia ni relieve entre los de las demás mujeres liberadas, especie que de unos diez años a esta parte se ha venido abriendo paso a codazos y de forma progresiva en el seno de la fauna hispánica.

Por desventura, y es a lo que voy, pocas de entre ellas son las que hacen uso de esa libertad que a todas horas hablan de estar conquistando para preguntarse, al menos con la curiosidad que da la distancia, por la naturaleza de aquella trampa en la que cayeron; pocas las que quieren considerar el asunto sin agresividad y con sosiego.

El sosiego es palabra «tabú», odiado y viejo ídolo contra el que la insurrección se revuelve de preferencia y al que nadie se acerca sino para pisotearlo con encono una vez derribado. El sosiego, estado de ánimo imprescindible y previo a cualquier consideración atinada, ha venido siendo confundido por las mujeres, a lo largo de su lamentable historia, con la pereza, el hastío y la pasividad que las impedía hacer uso de él; no les interesaba ni les servía para nada, era un cofre cerrado sobre su tocador. Y las mujeres de hoy, herederas de aquellas náuseas, arrojan el cofre como un adorno inútil sin querer abrirlo ni sospechar el tesoro que contenía, con lo cual se ven más lejos del sosiego que

nunca. Tienen demasiado cerca la sensación de haberlo descartado de sus vidas como al peor enemigo como para que se les ocurra pararse a pensar sobre la esencia de tal pretendido enemigo. Se embriagan en sus desasosiegos, en esas conquistas de poder entrar y salir, de protestar y agitarse, de consumir energías en seguirse rebelando, de estar fuera y nunca dentro, nunca «en sí».

Pero, al filo de tanto alboroto, anida el fracaso de estas conquistas, que solamente tendrían sentido si las mujeres, liberadas del matrimonio, hubieran puesto su meta en acceder a la soledad, es decir, al difícil ejercicio de saber aguantarse a sí mismas. Pero el miedo a la soledad y a la independencia las lleva a sustituir el matrimonio por una serie de ensayos consecutivos de convivencia cuya fugacidad no impide que en el seno de cada uno de ellos germinen, casi indefectiblemente, dos de los sentimientos que más fomentados han sido por la institución conyugal y que, a su vez, más la han apuntalado a ella: el afán de posesión y el deseo de dejar raíces en alguien.

El matrimonio, como contrato que es, lleva aparejada la conciencia de que si se da algo es a cambio de algo y que, por tanto, lo que se recibe nos pertenece. Así que en gracia de una firma, un anillo o una bendición, se ha llegado a ver como lícito algo tan ilícito como pedirle cuentas a otro de lo que nos da a base de pasarle la factura de lo que le damos nosotros, tratando de asegurarse, mediante reproches, exigencias y encomios los enclaves que se querían tener perpetuamente en un terreno cuya propiedad nadie puede venir a discutirnos jurídicamente cuando viene refrendada por papeles y documentos de legitimidad ancestral. Pero vemos a diario que no es precisa la existencia de tales documentos, que hoy tienden a negarse, quemarse y ridiculizarse para que los esquemas que anidaron a su amparo y dieron su peculiaridad a la institución del matrimonio florezcan en cuanto dos personas deciden vivir juntas por algún tiempo. Los juramentos de fidelidad eterna que caracterizaban el matrimonio tradicional se



«Las pancartas y clamores han empezado a institucionalizarse, y al responder a estímulos miméticos y perder el impacto de la excepcionalidad, amenazan estas protestas con perder su contenido...».

sustituyen por los de dejarse los juramentos en mutua libertad, y se hace gala verbal de estos principios entre los fieles de la misma secta. Pero ni se miden las fuerzas ni se aplica ninguna disciplina a trabajo tan arduo; lo que importa es hacer una letra más grande que la de los demás al pintar el letrero donde dice que ninguna relación humana tiene que criar celos, costumbres ni ataduras. Y bajo esta prescripción externa y draconiana se ocultan, avasallan y desvían una serie de sentimientos que nacen aunque se les haya negado el permiso, una gusanera de pasiones bastante afines en resumen a las que se enmascaraban bajo el programa de la fidelidad a ultranza. No sería escasa señal de cordura el tener miedo de esos sentimientos desconocidos y ocultos y contar, cuando menos, con las malas pasadas que pueden jugar, y la prueba está en que los conflictos y descontentos que origina el hecho de confinarlos a un pudridero sin ventilación da hoy a los psiquiatras tanto que hacer como a los confesores de nuestras abuelas diera la brega con aquellos «demonios» que a sus penitentes no liberadas se les habían metido en el cuerpo.

En cuanto al afán —mucho más noble que el posesivo— de dejar raíces en otra persona, de perdurar en ella, es muy curioso constatar que, cuando el interés

por el comportamiento sexual del compañero ha perdido su interés primero de descubrimiento, el método principal de pedirle aprecio y confrontación a la propia imagen, de sentirse, en suma, recogido por él, ha sido siempre, y sigue siendo, el de pedirle atención hacia las palabras que se dicen, pedirle conversación.

Es proverbial el tipo de la esposa charlatana, deseosa de ser escuchada y es bien sabido la ofensa que supone un marido o un esposo distraído y silencioso, al que se suele reprochar que, en cambio, con los demás amigos sí tiene conversación. En nuestra literatura clásica, los maridos llaman a la propia esposa su «oíslo». Yo, la primera vez que lo lei en Cervantes no lo entendía y, luego, cuando alguien me explicó que aludía a una muletilla que usaban las mujeres del tiempo, me hizo mucha gracia imaginarme la frecuencia con que tendrían que haberla deslizado en sus conversaciones matrimoniales (¿Oíslo, Fulano?) para que esta forma verbal hubiese llegado a expresar el vínculo matrimonial mismo. La baza de la comunicación oral, de conseguir aprecio por tales vías es, en verdad, más difícil de jugar que ninguna. El éxito de la sultana de «Las mil y una noches» residió, como es sabido, en su talento narrativo, en que tenía cosas que contar y sabía contarlas bien. Es bien seguro que no tuvo

que llamar la atención de su señor con ningún «oíslo» encaminado a espabilarlo, cuando la mera interrupción de sus relatos, que deliberadamente dejaba incompletos de una noche para otra, cautivó a su amado más que todos los refinamientos de lascivia usados por sus antecesoras.

Pero, dejando por ahora este tema, bien interesante por cierto, de las dificultades que acarrea esta empresa de convertir el amor en conversación, volvamos al desasosiego de las mujeres liberadas del matrimonio, oscilando perpetuamente entre reírse del amor y añorar sus ataduras, entre querer la libertad y no saber qué hacer con ella, penetradas del miedo a comprometerse. Esta zozobra resulta conmovedora cuando se cae en la cuenta de que, por otra parte, el problema fundamental de las mujeres liberadas del matrimonio, sobre todo si han pasado de los treinta años, estriba en su íntima añoranza de las raíces que no han sabido dejar en nadie, en la pesadumbre por no haberse sabido comprometer. El anhelo de perdurar en otro, ese contar con que alguien guarda nuestra imagen con todas sus contradicciones y quebraduras, que no es, en definitiva, sino un prurito de coherencia y continuidad, se ve contradicho, desbaratado y fragmentado a lo largo de las múltiples experiencias acometidas con frene-

si para vengarse del matrimonio, y donde la propia imagen, por estar sometida a semejantes tensiones, no ha logrado cuajar.

Y es muy curioso comprobar cómo hoy, que se tacha de anticuada la fidelidad y que la capacidad de preferir, de aguantar y de apostar por una carta elegida deliberadamente son negocios desprestigiadísimos se añoren, sin embargo, las raíces resultantes de tal tesón.

En el fondo, no es cuestión de instituciones, ni de títulos, ni de modas, sino de entender que el relacionarse con los demás es siempre arriesgado y condicionado, pero también enriquecedor. Y que hay que elegir entre estar con los demás o estar solo.

Partiendo de la base de que cualquier relación, por breve que sea, si es humana y no maquinal, ha de crear conflictos y ataduras, es claro que el que no se comprometa y viva escurriendo perpetuamente el bulto ni recibirá nada ni dejará raíces en nadie, y para eso más le valdría vivir solo y aceptar esa soledad sin más sucedáneos, hacerle cara en serio de una vez. Que no es tan fácil.

O se asumen las ataduras o se asume la soledad. No creo que haya más alternativas. Porque, como dice un refrán de mi tierra, que me parece que viene como de molde para terminar, «Papas y sorber no puede junto ser». ■ C. M. G.